

los Francos daban entonces al mundo el tierno y sublime espectáculo de menosprecio de las grandezas terrenas y de una vida pasada en el retiro y austeridades de la mortificación: santa Clotilde, santa Radegunda y san Clodoaldo. Su ejemplo influía poco á poco en las costumbres públicas.— Gran número de santos fundaban monasterios, que eran otros tantos semilleros de santidad y que por la mayor parte fueron el núcleo de muchas de nuestras ciudades modernas, que en un principio solo eran caseríos agregados á dichos monasterios. Ebreldulfo, señor de la corte de Childeberto, tocado por la gracia, distribuyó sus bienes entre los pobres y se retiró á la selva de Cuche, obispado de Lisieux, donde convirtió á muchos ladrones, que luego fueron santos religiosos. Llegó el número de sus discípulos á tanto, que hubo hasta mil y quinientas celdas al rededor de la suya, sin contar trece monasterios que fundó en las cercanías. — Marculfo fundó tambien muchos en la Neustria y hasta en la Gran Bretaña. En la Auvernia san Porciano, en el distrito del Maina san Carilefo ó san Calais, san Juniano y san Leonardo en el Limosin fundaron abadías, que tomaron sus nombres que aun se conservan en las villas de San Leonardo, San Juniano, San Calais y San Pcurçain. En la Borgoña, san Secuano ó *san Sena*, retirado á una soledad del obispado de Langres, levantó un monasterio cerca de las fuentes del Sena en la selva de Segustris.

35. El estado floreciente de las Galias, que producía maravillas de santidad en todos los rangos de la sociedad, solo fué algun tanto deslustrado por el escándalo de Contumelioso, obispo de Riez. Indigno de su vocacion, este obispo, acusado de muchos y graves crímenes, fué citado y juzgado en un concilio de Arles por san Cesario y demás obispos de la provincia: se envió el proceso al papa Juan II en 534: el papa sentenció á Contumelioso á la deposicion y reclusion en un monasterio para hacer penitencia toda su vida. Juan II encargó á san Cesario nombrase un visitador, ú obispo administrador de la diócesis de Riez hasta la muerte de su titular. Mas Contumelioso apeló de esta decision, y en el intervalo san Juan II

murió (el 26 de abril de 534). San Agapito, su sucesor, habiendo examinado de nuevo el asunto, confirmó pura y llanamente la primera sentencia.

§ V. PONTIFICADO DE SAN AGAPITO (4 de mayo de 535-25 de abril de 536).

36. El advenimiento de san Agapito al pontificado supremo coincide con un grande acontecimiento para la cronología; y es la adopcion, entre las naciones europeas, de la era cristiana en las actas públicas y privadas. Hasta entonces se habian contado los años por los fastos consulares, los años de los papas, emperadores y reyes. Caido el imperio romano, el sistema de los fastos consulares ofrecia inmensas dificultades. Un sacerdote de la Iglesia romana, tan ilustre por su santidad como por su ciencia, Dionisio Exiguo, emprendió esta reforma. Encargado de continuar el ciclo pascual de san Cirilo que finaba en el año 531, concibió el pensamiento de hacer comenzar la historia moderna en el año mismo de la Encarnacion de N. S. Jesucristo, y compuso así un ciclo pascual que llegaba hasta el año 627. Dionisio Exiguo no se limitó á este trabajo, reunió en una sola pero inmensa coleccion los cánones de todos los concilios de Oriente y Occidente. Esta obra, redactada con tanto cuidado y orden como inteligencia, fué acogida con universal aplauso. Dionisio la completó mas tarde por la coleccion no menos importante de las Decretales de los papas desde san Siricio. Este último trabajo presenta algunas lagunas ú omisiones, causadas sin duda por la imposibilidad de proporcionarse el colector ciertas piezas ó mas raras ó menos conocidas. Tal como era, la Iglesia romana se valió y sirvió mucho de este trabajo, aunque sin darle autoridad pública. Dionisio Exiguo se ocupaba en estos grandes trabajos durante la primera mitad del siglo cuarto, y murió en olor de santidad hácia el año 540.

37. Al saber Justiniano la eleccion de Agapito, le envió su profesion de fe, y le suplicó al mismo tiempo conservase en sus dignidades eclesiásticas á los Arrianos convertidos: que



recibiera en su comunión á Achiles, ordenado obispo de Larisa en lugar de Estéban, por Epifanio de Constantinopla, y en fin, que trasladase el vicariato de la Iliria del obispo de Larisa al de Justiniana, ciudad que acababa de fundar en la Dardania, y que se titulaba *Justiniana prima*, á distinción de otras que llevaban su nombre, y á la cual habia hecho capital de la Iliria. El papa en su respuesta aprueba desde luego la profesion de fe del emperador: « No, dice, porque reconocemos en los legos la autoridad de la predicación, sino porque alabamos vuestro celo en mantener la doctrina católica. » Respecto á los Arrianos convertidos, dice que los cánones prohiben conservar en las órdenes á los herejes reconciliados: promete encargarse el exámen del asunto de Achiles, obispo nombrado de Larisa, á los legados que se propone enviar próximamente al Oriente. « Excusais, dice el papa, á nuestro hermano Epifanio de haberle ordenado, porque lo hizo por orden vuestra. Pero debiera haberos representado cuáles son los derechos de la Sede apostólica, sabiendo con cuánto celo defendeis sus privilegios. » Provisionalmente cede al deseo del emperador, y admite á su comunión á Achiles: mas respecto del vicariato de la Iliria, los legados harán saber á Justiniano lo decidido. Esta carta del 15 de octubre de 535 fué en efecto seguida del envío á Constantinopla de cinco legados apostólicos: Sabino, obispo de Canosa, Epifanio de Eclana, Asterio de Falerno, Rústico de Féstulo y Leon de Nola.

38. Al propio tiempo que la carta de Justiniano, recibía san Agapito las actas del concilio que los obispos del África, en número de doscientos diez y siete, acababan de celebrar en Cartago bajo la presidencia de Reparato, obispo de esta metrópoli. Habían querido consagrar las primicias de su libertad al restablecimiento de la disciplina, que habia padecido mucho durante la persecución de los Vándalos. Cuando esta augusta asamblea se reunió por primera vez en la basílica mayor de Cartago, arrancaron lágrimas de alborozo y ternura de los ojos de aquellos venerables prelados el recuerdo de los males pasados y el júbilo de una inesperada libertad: fué entonado

con el mas rendido entusiasmo el *Te Deum*, solemne cántico de acción de gracias que habia compuesto san Agustín en aquella misma patria (1). Se leyeron en seguida los cánones del concilio Niceno, que proponían la verdad católica contra los errores de Arrio, y se ventiló la cuestión de cómo se habían de tratar los obispos arrianos que volviesen á la ortodoxia. El parecer del concilio era de admitirlos solamente á la comunión láica: sin embargo, antes de decidir nada, se convino en someter este punto á la decisión del soberano Pontífice; así como el pedirle si sería permitido elevar á la clericatura á los bautizados por los Arrianos; y como muchos obispos de África, durante la persecución vandálica, se habían retirado, ó habían sido desterrados á Italia y Sicilia, el concilio suplica al papa no reciba en su comunión á los que no probaren, por cartas de los obispos de África, ó por testimonios auténticos, que estaban allí por utilidad de sus iglesias. San Agapito respondió á cada uno de estos puntos. Los obispos arrianos no conservarían sus dignidades, pero se les fijaría una congrua suficiente sobre los bienes eclesiásticos. No se elevarían á las órdenes sagradas los que habían abandonado el arrianismo, para no exponer el sacerdocio católico al daño de quedar infecto de herejía. Y en fin aprueba la precaución tomada por el concilio respecto de los clérigos salidos del África durante la persecución, y entre otras cosas insiste en la necesidad de evitar por todos medios que hubiese clérigos vagos.

39. La conquista del África, terminada tan felizmente por Belisario, dió á Justiniano la idea de enviar á este general á Italia para acabar con la dominación goda, y volver esta provincia, cuna del imperio, al poder de los emperadores. Las crueldades de Teodato, entre las cuales la de haber hecho ahorcar en 534 á la reina Amalasonta, su bienhechora, sirvieron de pretexto plausible. Una flota imperial, mandada por Belisario, abordó á Sicilia. Teodato, espantado del éxito feliz de las armas de

(1) La tradición nos cuenta que lo cantaron como por inspiración san Ambrosio y san Agustín, en Milan, después de la tan milagrosa conversión y el bautismo de este último.  
(El Traductor.)



Justiniano, se dirigió al papa san Agapito y al senado de Roma, y les intimó que si no conseguían alejar, por su medio, el ejército de Justiniano de la Italia, y hacer que este desistiese de su proyecto, él, Teodato, haría morir á todos los senadores con sus familias. En tanto que tan brutalmente hablaba á los Romanos el rey de los Godos, escribía á Justiniano cartas llenas de bajos sentimientos, ofreciendo ceder el trono mediante una renta vitalicia de mil doscientas libras de oro. « Mas quiero » ser un simple labrador, que vivir entre las ansias y cuidados » de la corte. » Estos sueños filosóficos no le hubieran retraído de sus amenazas contra el senado, si el papa san Agapito no se hubiese decidido á encargarse en persona de una negociación directa con Justiniano. Salió pues el papa para Constantinopla, pero estaba tan pobre, que no teniendo suma suficiente para el viaje, tuvo que pedir de prestado á los tesoreros de Teodato; mas este ni aun tuvo la generosidad de suministrar al papa el dinero necesario, y exigió, como garantía de la suma adelantada, la entrega de los vasos sagrados de la iglesia de San Pedro en manos de sus oficiales.

40. Llegó san Agapito á Constantinopla el 2 de febrero de 536, y habían salido á su encuentro los cinco legados enviados el año anterior. Había muerto ya Epifanio, patriarca de Constantinopla, y la emperatriz Teodora logró tomar tanto ascendiente en el ánimo de Justiniano, que pudo hacer elegir en su lugar al obispo Eutiquiano de Trebizonda, llamado Antimo. San Agapito se negó á comunicar con él, y no cedió ni á las plegarias ni á las amenazas de la emperatriz: y aun logró el santo papa doblar en su favor el ánimo de Justiniano. Antimo, depuesto ya, prefirió dejar la silla de Constantinopla á firmar una profesión de fe católica. El papa presidió en persona el concilio en que se decretó dicha deposición. La cuestión política, objeto de la ida del soberano Pontífice al Oriente, ni recibió ni podía recibir solución favorable á Teodato. Justiniano tenía premeditada ya la conquista de Italia, y prontos sus preparativos: Agapito no insistió por una causa definitivamente perdida, y empleó su tiempo en arreglar y

conciliar los negocios de Oriente. La iglesia de Alejandría le había presentado un memorial pidiéndole pusiese fin á las tentativas cismáticas de los Eutiquianos, que aun infestaban esta ciudad. El papa, de concierto con el emperador, tenía el proyecto de juntar un concilio con este objeto; pero la muerte vino á paralizar estos esfuerzos: san Agapito murió en Constantinopla, el 17 de abril de 536, donde fué enterrado en medio de un inmenso concurso y con una pompa nunca vista hasta entonces. Fué conducido el cuerpo de san Agapito desde Constantinopla á Roma, y depositado junto á sus antecesores en la basilica de San Pedro.